

843  
S.

PQ2446  
M58  
U.1



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO REYES  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS  
MISTERIOS DE PARÍS

PRIMERA PARTE

I  
LA GAZAPERA

En el vocabulario especial de la gente de mal vivir, un *tapis-franc* significa una gazapera ó reunión de gente de la más baja estofa. Licenciados de presidio, estafadores, ladrones, asesinos, son los que constituyen esos antros donde se agita la escoria de la sociedad parisiense.

Cuando se ha cometido un crimen, rara vez deja la policía de dar con los culpables si se dirige á buscarlos en ese fango social.

Este exordio anuncia al lector que debe prepararse para asistir á siniestras escenas. Si á ello se aviene penetrará en regiones horribles para él desconocidas, en las cuales verá tipos repugnantes, espantosos, agitándose en esas inmundas cloacas, como los reptiles se revuelcan en el cieno.

Todos conocen las admirables páginas en que Cooper, el Walter Scott americano, ha descrito las feroces costumbres de los salvajes, su pintoresco y poético lenguaje y los mil ardides que emplean para matar ó perseguir á sus enemigos y todos habrán sentido estremecimientos al pensar qué sería de los cultos habitantes de las ciudades si esos puébls sanguinarios no estuvieran alejados de los centros de civilización.

Pues bien, nosotros vamos á relatar algunos episodios de otros bárbaros que están tan lejos de toda cultura como los pueblos salvajes hábilmente descritos por Cooper.



Hay, sin embargo, una diferencia. Los bárbaros de que vamos á ocuparnos, viven entre nosotros. Podemos codearnos con ellos acudiendo á los sitios que frecuentan, donde se reúnen para concertar sus crímenes y para repartirse los despojos de sus víctimas.

Tales hombres tienen costumbres propias, mujeres que no se parecen á las demás, idioma especial y misterioso, fecundo en imágenes espantosas y en metáforas que parece que brotan sangre.

Como los salvajes, se conocen entre sí por apodos que denotan su energía, su crueldad, su desarrollo físico ó sus deformidades físicas también.

Con doble desconfianza haremos el relato de tales escenas.

Tememos, por un lado, que se nos acuse de buscar episodios repugnantes y por otro que se crea muy superior á nuestras fuerzas la empresa de referir fiel y vigorosamente, costumbres tan excéntricas.

Al describirlas nos hemos sentido poseídos de una especie de espanto y no hemos podido sustraernos á cierto estremecimiento del corazón... y no decimos que á una ansiedad dolorosa porque no parezca la frase pretenciosa. Al pensar que nuestros lectores experimentarán las mismas sensaciones, hemos vacilado entre detenernos ó seguir por la vía en que nos hemos lanzado.

No hemos resuelto la duda; si las exigencias de la narración no fueran tan imperiosas, seguramente, no hubiéramos situado el lugar de la escena en tales sitios, pero lo hacemos contando con esa especie de curiosidad que los espectáculos terribles desarrollan.

Aun más, cremos en el poder de los contrastes.

Desde este punto de vista del arte, puede aceptarse la reproducción de ciertos caracteres, de ciertas existencias, de ciertas figuras cuyos sombríos y enérgicos rasgos, presentados con toda su dureza, sirven á las veces como de descanso.

Confiamos en que el lector, advertido de la excursión que en su compañía nos proponemos hacer, querrá seguirnos.

Este género de investigaciones, será nuevo para él; pero nos apresuramos á advertirle que si pone el pie en el más bajo peldaño de la escala social á medida que suba irá purificándose la atmósfera.

Al anochecer de un día frío y lluvioso de diciembre de 1838, cruzó el Puente del Cambio un hombre vestido con blusa azul, pantalón del mismo color y un sombrero de paja usado y de ala ancha. Un momento después desapareció en la Cité, laberinto de calles estrechas, oscuras y tortuosas, que se extiende desde el Palacio de la Justicia hasta el antiguo templo de Nuestra Señora.

Este cuartel de París, aunque pequeño y muy vigilado por la policía, sirve de madriguera á un sinnúmero de malhechores de la ciudad, los cuales celebran en las tabernas sus citas y reuniones.

Bramaba el viento en la noche referida por los callejones oscuros de la Cité, y los reverberos agitados reflejaban su luz pálida é incierta en la humedad fangosa de la calle.

Eran éstas tan angostas, que casi se tocaban los tejados de las casas opuestas, todas de color negruzco, y con algunas ventanas de marcos viejos y carcomidos. Los portales, sucios y asquerosos, daban entrada á escaleras fétidas, negras y tan perpendiculares, que apenas se podía subir por ellas asiéndose á una cuerda sujeta á la pared con garabatos de hierro.

Ocupaban el piso bajo de algunas de estas tristes mansiones, tiendas de carboneros, traperos y revendedores de malos comestibles; y á pesar del poco valor de las mercancías, era tal el temor que inspiraba á sus dueños la audacia de los ladrones de aquel barrio, que todas las tiendas tenían á la calle fuertes rejas de hierro.

El hombre de que hemos hablado acortó el paso al entrar en la calle de Fèves, situada en el centro de la Cité: estaba sin duda en su elemento.

La obscuridad de la noche era profunda, y las ráfagas de viento azotaban con ímpetu furioso las paredes. Se oyó dar las diez en el reloj del tribunal de Justicia.

Había en los portales abovedados, oscuros y profundos como cavernas, algunas mujeres, de las cuales cantaban unas á media voz letrillas populares, otras hablaban entre sí, y otras, calladas é inmóviles, tenían maquinalmente fija la vista en el agua que caía á torrentes. El hombre de la blusa azul se paró de repente delante de una de aquellas mujeres, que estaba silenciosa y triste, y asiéndola bruscamente de un brazo la dijo:

— Buenas noches, *Cantaora*.

Ésta retrocedió contestando con voz tímida:

— Buenas noches, *Churiador*<sup>1</sup>. No me lastimes.

Era el *Churiador* un penado ya cumplido, á quien habían dado este apodo en presidio.

— Ya que estás aquí, dijo el hombre, me vas á pagar el *peñascaró*<sup>2</sup>... ¡ porque sino te hago bailar el zapateado! — añadió soltando una bronca risotada.

— ¡ Si no tengo dinero! — respondió temblando la *Cantaora*; porque aquel hombre era el terror de todo el barrio.

— Si no *habillas parneles*<sup>3</sup>, te fiará la *Pelona* por tu buena cara.

— No, no me fiará... la debo ya el alquiler de la ropa que traigo puesta.

— ¡ Hola! ¡ parece que replicas!... — dijo el *Churiador* alzando la voz y

<sup>1</sup> *El que da cuchilladas ó puñaladas*: de *churi*, cuchillo ó puñal. En argot francés, *chourineur*. No usaremos con frecuencia esta jerga repugnante, y sólo daremos de ella algunas palabras características.

<sup>2</sup> Aguardiente.

<sup>3</sup> Si no tienes dinero menudo, ó cuartos.



corriendo tras de la Cantaora, que se había refugiado en un portal angosto y obscuro.

— ¡ Ya te cogí! — gritó el Churiador al cabo de algunos momentos.

Y dijo después de lanzar un terrible juramento:

— Me has arañado con tus tijeras, abalanzándose en seguida en persecución de la Cantaora que huía hacia el fondo del pasillo.

— No te acerques ó ahora sí que te saco los ojos con las tijeras, dijo ella con tono resuelto, añadiendo: Si no te he hecho nada ¿ por qué me pegas?

— Yo te lo diré, exclamó el bandido lanzándose en la obscuridad. ¡ Ah! ya te cogí. Ahora sí que vas á bailar, añadió al coger con sus nervudas manos un brazo suave y delicado.

— ¡ Tú sí que bailarás! — dijo una voz firme y amenazadora.

— ¡ Un hombre! ¿ Eres tú, Brazo Rojo? Responde y no aprietes tanto... me había metido aquí en el portal de tu casa... Sepamos quién eres.

— No es Brazo Rojo... — respondió la voz.

— ¡ Bueno está! pues ya que no eres un amigo, tendremos jarana y temblará el mundo. — gritó el Churiador. — Pero ¿ de quién diablos es este brazo que tengo cogido? ¿ si parece la mano de una mujer!...

— Tiene ésta, compañero — repuso la voz. Y el Churiador sintió que el delicado cutis de aquella mano que lo cogió súbitamente por la garganta, cubría unos músculos de hierro.

La Cantaora, que había huído al fondo del portal y subido algunos pasos de la escalera, se detuvo un momento, y dirigiéndose á su protector, le dijo:

— ¡ Oh, gracias, Señor, gracias!... Me queréis defender... ¡ pero mirad que es el Churiador!... Dijo que me iba á pegar si no le pagaba el aguardiente... pero se chanceaba. Ahora que estoy segura, dejadle. ¡ Cuidado, Señor!... mirad que es el Churiador.

— Si es el Churiador, también yo soy un *nicabao* que no es *blando ni longares*<sup>1</sup> — dijo el desconocido; y todo quedó en silencio.

Momentos después se oyó en las tinieblas el ruido de una encarnizada pelea.

— ¿ Tú quieres que te mate? — gritó el bandido haciendo un violento esfuerzo para desprenderse de su enemigo, en quien conoció desde luego un vigor extraordinario. — ¡ Aguarda! le dijo con voz terrible y rechinando los dientes; aguarda, que las vas á pagar por ti y por la otra!

— ¡ Y en buena moneda de puñetazos! no tengas cuidado, — repuso el desconocido.

— Si no sueltas mi garganta, te como las narices — murmuró el Churiador con voz sofocada.

<sup>1</sup> También yo soy un *bandido* que no es *flojo* ni *cobarde*.

— Las tengo muy pequeñas, amigo; y además apuesto á que no las ves.

— Pues acerquémonos al farol.

— Vamos, dijo el desconocido; allí nos veremos la caras.

Y empujando al Churiador, á quien tenía aún cogido por la garganta, le hizo retroceder hasta la salida del portal, y lo echó á la calle, alumbrada apenas por el reverbero.

El bandido perdió el equilibrio; mas recobrando luego una actitud firme, se arrojó con furor sobre el desconocido, cuya figura esbelta y delicada no revelaba el vigor prodigioso que había manifestado. Después de algunos minutos de combate, el Churiador, aunque de contextura atlética y muy hábil en echar la zancadilla, halló, como suelen decir, á su maestro... El desconocido le pasó el pie con una destreza maravillosa, y lo echó á tierra dos veces.

No queriendo reconocer aún la superioridad de su adversario, volvió á la carga el Churiador rugiendo de cólera. Pero cambió entonces de método el defensor de la Cantaora, y descargó sobre la cara del bandido una lluvia de puñetazos, tan recios y terribles como si fueran dados con un guante de hierro.

Estos puñetazos, dignos por cierto de la envidia y admiración de Jack Turner, uno de los pugilistas más famosos de Londres, eran tan ajenos á las reglas de la zancadilla, que aturdido el Churiador cayó en tierra como un saco, murmurando entre dientes:

— Me doy por vencido; basta.

— ¡ Ay, Dios mío! ¡ tened compasión, dejadlo! — dijo la Cantaora, que durante la pelea se había adelantado hasta el umbral de la puerta, y luego añadió con asombro: — Pero ¿ quién sois? ¿ Á no ser el Maestro de Escuela ó el Esqueleto, nadie hay desde la calle de San Eloy hasta Nuestra Señora, capaz de luchar con el Churiador. ¡ Ah, cuánto os lo agradezco, Señor! ¿ Á no ser por vos me mata.

El desconocido escuchó con atención aquella voz de mujer. Jamás había oído un acento más dulce, más sonoro y angelical. Quiso distinguir las facciones de la Cantaora, pero la noche era oscura y muy escasa la luz del reverbero.

Después de haber permanecido algunos minutos sin movimiento, el Churiador empezó á dar muestras de impaciencia, y por último se levantó.

— ¡ Cuidado! — gritó la Cantaora refugiándose de nuevo en el portal y tirando del brazo á su protector: — ¡ Cuidado! se querrá vengar.

— No temas, prenda mía; si quiere más, aun tengo para darle.

El rufián oyó estas palabras, y dijo:

— Gracias... tengo la cabeza deshecha y un ojo ne sé cómo. Por hoy ya basta. Otra vez será otra cosa... si te vuelvo á encontrar...

— ¿ Te quejas de poco? Si no estás contento aún... — dijo el desconocido en tono amenazador.



— No por cierto, no me quejo; me regalaste á manos llenas... Eres pájaro de cuenta... — dijo el Churiador con voz áspera y mohina, pero con aquella atención respetuosa que la fuerza física impone siempre á la gente de su clase; — Cierta, me apretaste de firme; pero mira, á no ser el *Esqueleto*, que es tan flaco y tan fuerte que nadie diría sino que tiene los huesos de hierro, y el *Maestro de Escuela* que se comería tres gigantes en un almuerzo, nadie hasta la fecha, se puede alabar de haberme pisado las costillas.

— Bien ¿y qué?

— ¿Y qué? nada; que encontré por fin á mi maestro. ¡Cáspita! También hallarás el tuyo con el tiempo... todos le tenemos. Lo cierto es que ahora que has pateado al Churiador, podrás meter en un puño á todo el barrio. Todas las mujeres serán tus esclavas; los taberneros y taberneras te fiarán de miedo que se les caiga encima el mostrador; ¡serás un verdadero rey, y todo lo que quieras! Pero, vamos claros ¿quién eres tú que *chimullas caló*<sup>1</sup> como la gente? Si eres siempre tan bravo, confieso que no soy hombre para ti. Es cierto que he dado algunas puñaladas, porque cuando la sangre se me sube á la cabeza, pierdo el sentido y allá va el golpe caiga donde cayere... pero he pagado mis *mojadas*<sup>2</sup> con quince años de presidio: mi tiempo se cumplió, estoy libre, puedo vivir en la capital, no debo nada á los *avisados*<sup>3</sup>, y nunca he robado nada á nadie: pregúntaselo á la Cantaora.

— Es verdad lo que dice; no es ladrón — repuso la joven.

— Entonces vamos á beber un vaso de *peñascaró*, y sabrás quién soy, dijo el desconocido. Vamos, camarada, y pelillos á la mar.

— Por mí, tierra á lo pasado. Eres mi maestro, lo confieso; meneas bien los puños... sobre todo la última andanada. ¡Santa María, qué ehubasco! nunca me cogió otro igual... aprenderé ese modo de *endinar*<sup>4</sup>.

— Volveré á empezar cuando quieras.

— ¡No sobre mí! — contestó riendo el Churiador. — Aquello parecía un mazo de fragua... aun me parece que lo estoy sintiendo. Pero tú debes conocer á Brazo Rojo, que por algo estabas en el portal de su casa.

— ¿Brazo Rojo? — repitió inmutado el desconocido; y luego añadió con indiferencia: No sé quien es Brazo Rojo. ¿Habita solo esta casa? Llovía, he entrado un momento en ese portal para abrigarme, quisiste hacer daño á esa chica, yo te lo hice á ti... y nada más.

— Así es lo cierto: nada tengo que ver con tu vida. Brazo Rojo tien eun cuarto aquí, pero pocas veces viene á él, porque está siempre en su jabardillo de los Campos Eliseos. No hablemos más del asunto... — Y volviéndose luego á la

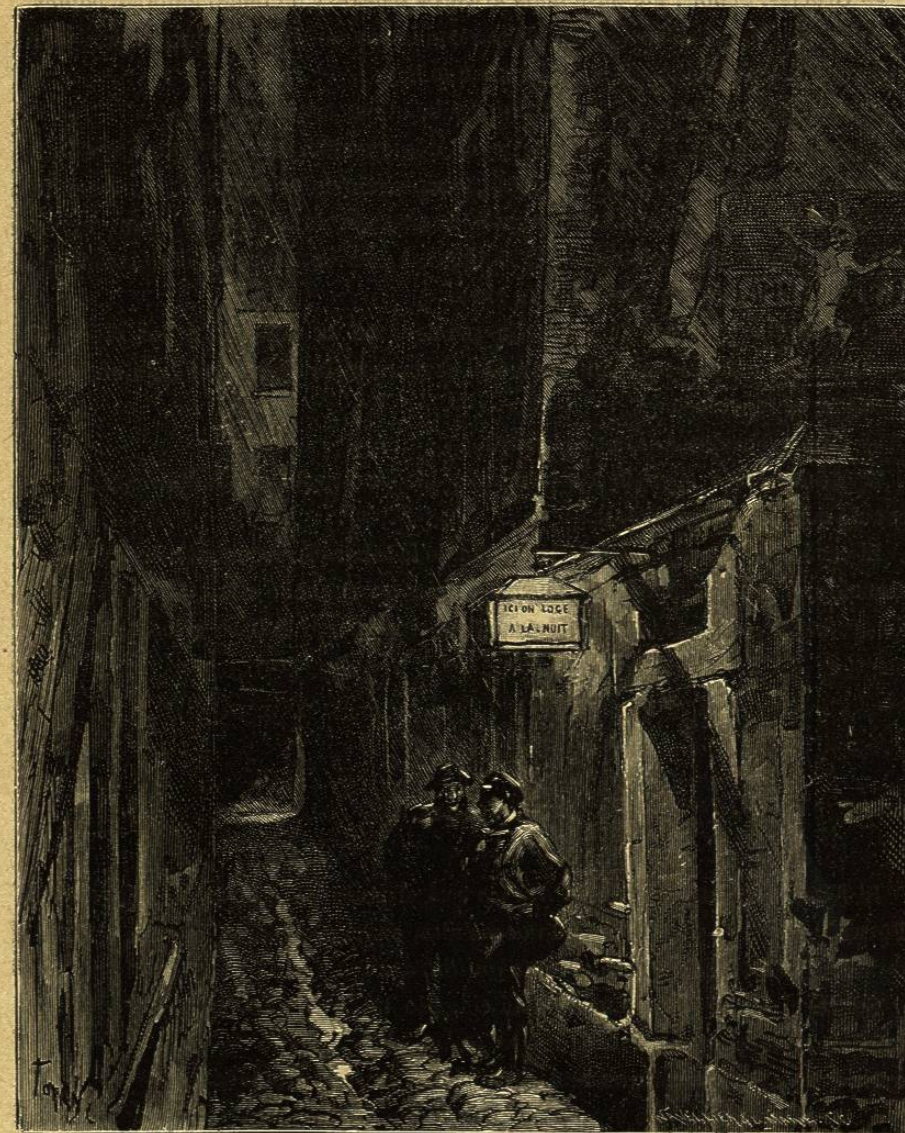
<sup>1</sup> Que hablas *caló*.

<sup>2</sup> Puñaladas.

<sup>3</sup> Jueces

<sup>4</sup> Pegar, dar de golpes.

Cantaora continuó: — En verdad que eres una guapa muchacha: yo no queria zurrarte, porque sabes que no soy capaz de hacer daño á una niña. Es cierto que todo fué una pura broma; pero sin embargo, diste pruebas de buen corazón



¡Ande Vuestra Altera con cuidado!

en no haber azuzado contra mi á este rabioso; ya no podía más cuando me tenía debajo de los pies. Vindrás á beber con nosotros; el señor paga. Pero á todo esto, camarada — continuó dirigiéndose al desconocido — ¿no sería



mejor que en lugar de beber *peñascaró*<sup>1</sup> fuésemos á cenar á la taberna del Conejo Blanco?

— Dicho y hecho... yo pago la cena. ¿Quieres venir tú, Cantaora? — dijo el desconocido.

— Gracias, Señor: me puse mala al veros pelear, y no tengo gana de comer.

— ¡Qué importa! las ganas vienen comiendo — dijo el Churiador. — La mesa del Conejo Blanco es de lo bueno que hay.

Y se dirigieron los tres á la taberna en la mejor armonía.

Durante la pelea del Churiador y el desconocido, un carbonero de talla colosal había observado con inquietud, emboscado en un portal, los trances del combate, sin prestar el menor auxilio á ninguna de las partes, como hemos visto; y cuando el desconocido, el Churiador y la Cantaora se dirigieron á la taberna, los siguió sin perderlos de vista.

El bandido y la mujer entraron primero en la taberna, y los seguía el desconocido, cuando acercándose á él el carbonero, le dijo en voz baja en inglés y con aire respetuoso:

— ¡Ande Vuestra Alteza con cuidado!

El desconocido encogió los hombros, hizo un gesto de indiferencia y se reunió con sus compañeros.

El carbonero no se separó de la puerta de la taberna. Escuchaba con la mayor atención, y miraba de cuando en cuando por un pequeño claro del espeso baño de greda que cubre los vidrios de estas tabernas por el lado exterior.

## II

### LA FIGONERA

El figón ó taberna del *Conejo Blanco* está situado en el centro de la calle de Fèves, y ocupa el piso bajo de una casa alta, en cuya fachada hay dos ventanas de cierta construcción llamada *á la guillotina*.

Sobre el dintel de la puerta está colgado un farol oblongo, en cuyo vidrio hendido se leen estas palabras: *Aquí se hospeda de noche*.

En esta taberna entraron el desconocido y sus dos compañeros.

Figurémonos una sala espaciosa de techo bajo, ahumado y cruzado de vigas negras, alumbrada apenas por la triste luz de un mal quinqué; las paredes llenas de hendiduras, revocadas aquí y allí con cal y cubiertas de dibujos groseros y de sentencias y palabras en caló; el piso desigual, gastado y cubierto

<sup>1</sup> De beber aguardiente.

de lodo; y un haz de paja colocado, á manera de tapiz, al pie del mostrador ó tablero de la figonera, situado á la derecha de la puerta, bajo el quinqué.

Á cada lado de esta sala hay seis mesas, con bancos asegurados por un extremo á la pared. En el fondo se ve una puerta que da paso á la cocina, y á la derecha y cerca del tablero, otra que da salida á los zaquizamies, en donde se duerme de noche por tres sueldos.

Diremos algo de la figonera y de sus huéspedes.

Llamábase aquella la tía *Pelona*: su triple profesión consistía en dar posada en cuartos amueblados, tener una taberna y alquilar vestidos á las miserables criaturas que pululan en aquellas calles inmundas.

Tenía cuarenta años; era alta, corpulenta, de color subido y algo barbuda. Su voz era ronca y varonil, sus brazos gordos y sus anchas manos indicaban una fuerza poco común: llevaba sobre el gorro ó papalina un pañuelo viejo de color encarnado y amarillo, y por los hombros un chal de piel de conejo, que cruzaba sobre el pecho y se anudaba en la espalda. El vestido de lana le bajaba hasta los zuecos, mugrientos y quemados por la lumbre del brasero. Finalmente, su color estaba arrebatado por el abuso de los licores.

Adornaban el tablero emplomado algunas vasijas con aros de hierro, y diversas medidas de estaño, y sobre un estante pegado á la pared se veían varias botellas de vidrio, dispuestas de manera que representaban la figura del emperador en pie. Contenían estas botellas diversos brevajes verdes y color de rosa, conocidos por los nombres de *Espiritu de los valientes*, *Ratafia de la columna*, y otros títulos pomposos y raros.

Un gato gordo, negro y de ojos amarillos, acurrucado junto á la figonera, parecía el diablo familiar de aquel sitio; y por un contraste peregrino, se veía detrás de la caja de un antiguo reloj de cuco, un ramo de mirto bendito que la tía Pelona había comprado en la iglesia el domingo de Ramos.

Dos hombres de aspecto siniestro, de barba erizada y cubiertos de andrajos, apenas tocaban al jarro de vino que tenían delante, y hablaban en voz baja con señales manifiestas de inquietud.

Uno de ellos, sobre todo, descolorido y lívido, calaba con frecuencia hasta los ojos un mal gorro griego que llevaba en la cabeza, y casi siempre tenía escondida la mano izquierda, sacándola á veces con el mayor disimulo cuando tenía precisamente que servirse de ella.

Más allá se veía un joven como de diez y seis años, de rostro imberbe, descarnado, macilento, los ojos hundidos y amortiguados, y con largas melenas negras que le caían alrededor del pescuezo: este joven, simbolo del vicio desenfadado y precoz, fumaba en una pipa blanca de tubo corto. Arrimado de espaldas á la pared, las manos metidas en los bolsillos de la blusa, las piernas tendidas sobre el banco, sólo dejaba la pipa y alteraba su postura para